

**LA BAHÍA GADITANA EN EL
ORIGEN DE OCCIDENTE.
CIEN TEMAS QUE AYUDAN A
EXPLICARLO.**

Diego Ruiz Mata

Cádiz, Servicio de publicaciones de la
Diputación de Cádiz, vol. I, 2019, 612
págs. ISBN: 978-84-1312-015-7

A Calímaco, que vivió entre los siglos III y II antes de nuestra Era, se le atribuye el apotegma de que *un gran libro es un gran mal*. Calímaco, que ostenta el honor de haber sido bibliotecario de Alejandría, además de poeta, esgrimía tal aserto por la rivalidad que mantuvo con uno de sus discípulos, Apolonio de Rodas, quien escribía largos poemas trufados de reminiscencias épicas,

una poesía muy lejana a la de Calímaco, que no necesitaba largas composiciones en verso para producir hondas emociones. Pero aquella máxima calimaquea queda hoy desacreditada en el título que aquí reseñamos, un volumen de 612 páginas, bellamente editado por la Diputación de Cádiz en 2019, y firmado por Diego Ruiz Mata. Es este el primer volumen de una serie de dos, cada uno de ellos con cincuenta temas; el segundo verá la luz en unos pocos meses.

Si el nombre de Schliemann está ligado a las excavaciones de Troya, por ser quien demostró con su descubrimiento la historicidad de los textos homéricos – aun con reservas– no lo está menos el nombre del profesor Ruiz Mata, Catedrático de Arqueología de la UCA, al sitio de Doña Blanca. Si aquel fue un aventurero, empresario de profesión y arqueólogo por afición, obsesionado con revelar al mundo la verdad de la Guerra de Troya, el profesor Ruiz Mata es un concienzudo investigador y un tenaz arqueólogo que ha porfiado por arrancarle a la tierra uno de los más ricos yacimientos fenicios que en el mundo han sido. No obstante lo anterior, el volumen que tengo en mis manos para su reseña, está lejos de ser exclusivamente un estudio científico sobre la arqueología en general o Doña Blanca en particular; es algo mucho más que eso. Se trata de un ensayo que, si se me permite la expresión popular, toca varios palos; un libro sesudo, muy bien documentado y escrito con pasión cuyo completo comentario desbordaría los límites que generosamente me cede la *Revista de Historia de El Puerto* para su reseña. Y es que cincuenta temas son muchos para comentar minuciosamente. Por esto, y porque quisiera preservar parte de sus contenidos para no hacer lo que ahora los jóvenes llaman *spoiler* –quizá una palabra más elegante que la auténticamente española “destripe”–, solo comentaré a vista de pájaro algunos de sus capítulos, a fin de que la curiosidad lleve a quien lea estas líneas a hacerse con el volumen y descubrir los secretos que esconde.

Los primeros cuatro capítulos (pp. 11-62) están dedicados a los fenicios y la colonización de Cádiz. El profesor Ruiz Mata, evocando sus primeros contactos con la Bahía de Cádiz, nos lleva de la mano por esta asombrosa civilización, y nos acompaña por su geografía y concretamente por Doña Blanca. No escatima páginas en hacernos partícipe de sus emociones más personales y de sus descubrimientos más profesionales, afrontando incluso con valentía el controvertido asunto de la fundación y localización de la legendaria Gadir; y digo controvertido porque allí donde la tradición sitúa en el espacio y en el tiempo el asentamiento fenicio, el profesor Ruiz Mata propone, en base a tasados conocimientos, otro bien distinto y de mayor alcance. Dejo al lector con las ganas de saber más, porque este animado debate que todavía colea a día de hoy, traspasa los límites de lo científico y llega irracionalmente hasta las más profundas entrañas de los habitantes de la Bahía.

El vino, su importancia e impacto en la cuenca mediterránea, es otro de los grandes temas que toca profusamente el Dr. Ruiz Mata (“El vino, sangre de cepas en Occidente” [pp. 65-73]). Y así, al hilo del increíble descubrimiento de la bodega sita en la Sierra de San Cristóbal (uno de los vestigios de mayor importancia y extensión, con testimonios de lagares, almacenes y santuarios [pp.75-82]), el profesor Ruiz Mata nos introduce en el mundo del vino como catalizador de civilización. A conocer sus orígenes desde Ugarit y la cultura mesopotámica en general, le dedica un delicioso capítulo, “Embriagueces famosas en la Antigüedad (pp. 85-94) que no ha de dejar a nadie indiferente. Recorre de forma magistral algunos de los legendarios episodios relativos a los efectos del vino tras su ingesta: la catalepsia etílica del dios El-Ilu, la embriaguez de Noé y la indefensión del cíclope Polifemo tras ser embriagado por Ulises, quien aprovecha para cegarlos. Pero también hay nutridas referencias a hechos históricos (como, por ejemplo, el gusto por la bebida de Alejandro Magno) tal cual nos los describen los historiadores antiguos. Que el vino es un hilo cohesionador de civilización ya lo recuerda Homero, e incluso también Eurípides en su drama satírico *El Cíclope*. De ahí la importancia que tiene este capítulo en el libro que aquí desgranamos. Pero no será el único dedicado a este elixir; de hecho, el profesor Ruiz Mata volverá a analizar su importancia en “Sobre un magnífico libro del vino de Ugarit” (pp. 185-197), pues, como afirma, el vino formó parte en la Antigüedad de un ritual social y religioso. Es muy de agradecer que se pueda leer en este libro algo relativo a las culturas mesopotámicas, de las que la mediterránea es deudora, y no solo en estos capítulos. Y digo esto porque está extendida la idea, un tanto decimonónica, de que todo empieza en Egipto. Desde las campañas napoleónicas en las arenas del Nilo, hay una cierta *egiptomanía* que ha eclipsado el mundo sumerio, acadio, babilónico, elamita e incluso el hitita. El desciframiento de la escritura jeroglífica egipcia a cargo de Champollion y las impresionantes construcciones que nos legó aquella civilización, han oscurecido la región conocida como el Creciente fértil,

cuna de la revolución neolítica. Sin embargo, el desciframiento del cuneiforme en el siglo XIX (en cuyo sistema estaban escritas las lenguas de las civilizaciones que acabo de mencionar), nos ha permitido conocer mucho de su cultura, hoy lamentablemente olvidada: rescatarlas y hacerlas asequibles al lector, es uno de los enormes méritos que tiene este volumen.

Si el vino es vida, o al menos nos la alegra, no podría estar ausente en varias de este volumen el mundo de la muerte. Con vasta erudición, y contrapuesto al capítulo titulado “Las ideas que modelaron al hombre mediterráneo. La vida” (pp. 351-361), el profesor Ruiz Mata dedica tres exclusivos capítulos al mundo de ultratumba, aunque su presencia se deja sentir en otros muchos. El primero de estos, “El hombre mediterráneo y la muerte” (pp. 475-489), es un aquilatado expediente documental de los numerosos complejos funerarios que han traspasado las fronteras del tiempo para mayor honra del muerto: las pirámides de Giza, el mausoleo de Qin Shi Huang y su sobrecogedor ejército de terracota o la tumba de Mausolo en Halicarnaso (del que hoy quedan unos magros restos en Bodrum). Pero tras referirse a otros enterramientos hoy incógnitos, el profesor Ruiz Mata no detiene ahí su análisis; muy al contrario, con enorme sagacidad y su particular visión diacrónica de la Historia, nos invita a reflexionar sobre otros mausoleos modernos cuya naturaleza y esencia pone en parangón con las de los antiguos: *el poder y la ideología se manifiestan, de modo abrumador, en la exaltación del héroe, del líder amado, del jefe político y religioso. El poder, para su supervivencia, acude a la exposición de los símbolos visibles y sus continuos rituales* (en este caso los fúnebres) ... *La Historia necesita a los muertos. Los jefes necesitan la muerte y a los muertos para su absoluta dominación del pasado y de la historia* (sic [p. 475]). Tampoco ahora desvelaré a qué ejemplos recurre el profesor para aseverar tal cosa con tanta rotundidad: el lector podrá descubrir en sus páginas lo poco que ha cambiado la megalómana naturaleza del Hombre. En cuanto al segundo capítulo dedicado al Más Allá, titulado “Un día de ironías en el Hades con Luciano de Samosata” (pp. 557-570), este nos adentra en el fascinante mundo del *Diálogo de los muertos* escrito por Luciano a mediados del s. II de nuestra Era. El texto en sí es delicioso, así como aguda la interpretación que de él hace el profesor Ruiz Mata, conducente a analizar la sociedad y la condición humana, tan poco previsible a lo largo de los siglos. El tercero, “La muerte y el Más Allá en Oriente y el mundo heleno” (pp. 443-459), como muy bien sugiere el título, retoma la cultura funeraria desde el *Gilgamesh*, pasando por otras fuentes asirias o hititas hasta llegar a las griegas, con una exhaustiva descripción del mundo de ultratumba y su geografía en el imaginario griego.

Pero aún hay más. Puede sorprender que en *La bahía gaditana en el origen ...* haya también capítulos dedicados al caballo, concretamente tres, “El caballo, ese

animal bello, altivo...” (pp. 291-298), “El caballo ibérico, pequeño, sufrido...” (pp. 301-306) y “Curiosas y afectivas relaciones de hombres y caballos” (pp. 309-317). Sin embargo, tras su lectura se aprecia lo perfectamente imbricado que está este asunto en el libro que nos ocupa. Y es que Diego Ruiz Mata –al que nada deja indiferente– sale al rescate del caballo como elemento civilizador en comunión con el Hombre (ya que del Hombre va este ensayo). Desde las oscuridades del mito y la asociación del hombre y el caballo en la figura del centauro, el autor recorre la expansión de este noble animal, su importancia en la guerra, en la paz y, cómo no una vez más en la cultura funeraria.

Como he apuntado más arriba, muchos son los capítulos que hacen referencia a la Bahía de Cádiz, a los fenicios y al origen de la cultura en Occidente, temas fundamentales sobre los que bascula el argumentario de profesor Ruiz Mata. Uno tras otro se suceden los capítulos de este tenor, trasladándonos de lo mítico a lo legendario y de lo legendario a lo histórico; y así le dedica algunas páginas a las Columnas de Hércules (pp. 129-141), un luminoso análisis sobre su simbología, presente ya en los textos bíblicos con el templo de Salomón; tres capítulos a la Atlántida (pp. 153-183), otro al juicio de Paris (pp. 245-250), y a Troya (pp. 319-326), y cómo no también a Tartessos (pp. 143-149/217-225/281-289). Es precisamente en el capítulo titulado “Tartessos, entre el nacionalismo y la presencia de Schulten” (pp. 573-587) donde el lector podrá justipreciar cómo un historiador solvente es capaz de desmontar algunas patrañas históricas que, lamentable e inexplicablemente, circulan por nuestro país para mayor desdoro del nacionalismo.

Además de aquellos capítulos que revisan incontables fuentes clásicas, la cultura turdetana y muchos más aspectos de la cuenca mediterránea, otros son una profunda reflexión sobre el ser humano y su devenir en la Historia. Especialmente significativo es el titulado “Haber sido es una condición de ser” (pp. 349) y sobre todo el penúltimo, “Historia de España, el libro de un alumno de 1931” (pp. 589-599), una honda y melancólica meditación sobre lo que fue, y tristemente sigue siendo, la escuela, como acicate para la reflexión y el juicio crítico.

Cada uno de los cincuenta capítulos viene ilustrado con hermosos dibujos que recrean el tema y aluden a su argumento, además de con poemas del propio autor quien, como él mismo afirma, solo pretende desnudar sus sentimientos y rendir homenaje a profesores, discípulos y a situaciones vividas, en definitiva, a todo aquel y a todo aquello que le forjó como Hombre.

Compilar tantos y tan variados temas en un solo volumen, sin perder el objetivo principal, no ha debido ser tarea fácil; tampoco hacerlo de forma divulgativa y

científica a la vez. Por eso, multidisciplinar sea quizá un término demasiado vago, quizá también demasiado moderno para lo que en realidad representa el libro. Se trata más bien de un ensayo enciclopédico, bien fundamentado, profundo y esclarecedor de lo que ha sido y sigue siendo el ser humano en Occidente. Y no es de extrañar, porque el espíritu del Humanista en el sentido más clásico de la palabra, representado en la figura del profesor Ruiz Mata, es lo que vertebra cada una de las páginas del volumen. Yo por mi parte me atrevo a afirmar que *este gran libro, es un gran bien*. Juzgue el lector.

Francisco-Javier Ortola Salas
Universidad de Cádiz

**ACCEDER AL OFICIO DE
ESCRIBANO EN UNA VILLA
DE SEÑORÍO. EL PUERTO DE
SANTA MARÍA (1525-1585)**

Pablo Ruiz Fernández.

En Suárez González, Ana (ed.), *Escritura y sociedad: la nobleza*, Santiago de Compostela, 2017, Universidad de Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, pp. 317-328.

El trabajo de Ruiz Fernández *Acceder al oficio de escribano en una villa de señorío. El Puerto de Santa María (1525-1585)*, pp. 317-328 es uno de los capítulos que integran la obra *Escritura y sociedad: la nobleza*, editada por Suárez González (2017). Siguiendo la temática general del libro, en el cual se abordan múltiples cuestiones relacionadas con la cultura escrita en el ámbito de la nobleza de la Península Ibérica en la Edad

Media y Moderna, la investigación de Ruiz Fernández se orienta en la línea de la diplomática señorial y, dentro de ella, en la nominación de notarios por parte del titular de la jurisdicción. De esta forma, partiendo de los fondos de la Sección de El Puerto de Santa María del Archivo Ducal de Medinaceli y de dos libros de Actas Capitulares del siglo XVI de esta villa, el autor analiza cuáles fueron los distintos tipos de notarios que ejercieron en El Puerto de Santa María a lo largo del Quinientos, la forma en que estos fueron nombrados por los señores, las vías de acceso al oficio y, finalmente, el procedimiento de recepción del profesional de la pluma. Materias todas ellas que se articulan en el trabajo formando varios epígrafes y que se rematan con la nómina de los escribanos que actuaron en El Puerto de Santa María entre 1525 y 1585.

La investigación se inicia con la mención a los diferentes tipos de notarios de la villa, desde los que se orientaron al servicio de los particulares que otorgaban documentos en la esfera del derecho privado hasta los que se dedicaron en exclusividad a los intereses del señor, fuese en el ámbito gubernativo o bien en

el judicial. De este modo, las instituciones judiciales contaron con el escribano del crimen y otro en la oficina del juez de residencia; el gobernador del señorío disponía de una figura como el escribano y secretario del secreto y la gobernación y, por último, el escribano de sacas y aduanas y cosas vedadas que, posiblemente, ejercería en la aduana ducal de la villa. Una aproximación que, por lo tanto, no se limita a la enumeración de los oficios, sino que nos muestra las funciones de cada individuo, su ámbito de actuación y, con ello, la complejidad del panorama de los profesionales de la pluma portuenses.

A partir de este desglose inicial, Ruiz Fernández aborda la cuestión del nombramiento de los notarios que, en el caso de El Puerto de Santa María, corresponde a los señores de la Casa Ducal de Medinaceli. Una prerrogativa que podían ejercer de manera directa a través de la carta de merced o bien mediante algún intermediario, como fueron el gobernador o el receptor de cuentas. A ello añade el autor la referencia a los titulares de la notaría y los poseedores de la renta de las escribanías, los cuales también podían intervenir en la acción nominadora al necesitar algunos de ellos la designación de otros colegas que los sustituyesen en el cargo cuando se ausentaban. Una esquematización de competencias y funcionamiento del sistema -en términos de creación de notarios- que Ruiz Fernández expone de forma nítida y muy clarificadora; pero que, sin embargo, podría ir acompañada de la edición de alguna de las cuatro cartas de merced originales conservadas que ilustrara con mayor detalle el fenómeno estudiado.

Ahora bien, el nombramiento de escribanos no fue la única faceta del acceso de los notarios a sus oficios y por ello Ruiz Fernández analiza otros tres asuntos relacionados: la renuncia, que no se constata en las fuentes manejadas por el investigador; el acrecentamiento de escribanías, cuyo número en la villa aumenta a tres a mediados del siglo XVI y la vacancia por defunción, la cual quedaba de manifiesto en esta época en El Puerto en el caso de García Fernández de Olivares, quien sucede al frente de la notaría a su padre, Alonso Fernández, tras el fallecimiento de este último. Un acceso que, asimismo, se verá determinado por factores que también Ruiz Fernández destaca en su trabajo: la movilidad de los notarios entre diversos oficios de la pluma, la relevancia de la tenencia del arrendamiento de las escribanías o el abuso de funciones de algunas de estas figuras.

Lo expuesto sucintamente (aunque abarcando satisfactoriamente la pluralidad de los elementos que entraban en juego en el acceso a las escribanías) por el autor en estos primeros epígrafes era solo una de las partes del proceso, puesto que este finalizaba con la recepción de los nuevos notarios por parte del cabildo municipal y que Ruiz Fernández analiza a través de veintiocho testimonios conservados en

los libros de actas. De nuevo el investigador nos proporciona una visión completa del ceremonial desarrollado en este recibimiento, desde la constatación por parte de la autoridad concejil de que el candidato cumple con los requisitos exigidos hasta la plasmación en estos libros de su signo y rúbrica notariales, pasando por la mención al imprescindible examen del escribano o a su compromiso de hacer un uso correcto de su oficio. Sin lugar a dudas, esta aproximación integral por parte Ruiz Fernández al ritual de aceptación del nuevo notario nos permite rastrear toda la sucesión de acontecimientos que jalonan el acceso al oficio de escribano en El Puerto de Santa María. Si bien, también en este apartado se echa en falta la posible transcripción de algunos de esos hitos, como podría ser el juramento de algún candidato; aunque mucha de esta documentación no siempre se conserva completa, ya que, tal y como explica Ruiz Fernández, no en todas las recepciones se consignaron la rúbrica y signo del nuevo notario.

Finalmente, este trabajo remata con una nómina de los escribanos que ejercieron en la villa entre 1525 y 1585 (hasta treinta y seis individuos), clasificados según la oficina donde actuaron. Lejos de ser una simple enumeración, el autor aporta otra información de especial relevancia para el estudio de cuestiones relacionadas con el ámbito de la diplomática: la forma de acceso al oficio, la autoridad que lo nombra, quiénes fueron tanto su predecesor como su sucesor, la referencia al examen... u otros datos igualmente relevantes como el estado de salud del escribano o la referencia archivística a través de la cual seguir la actividad de cada profesional de la pluma.

En definitiva, a pesar de la concisión en ciertos puntos, en esta investigación Ruiz Fernández aborda de manera integral el acceso al oficio de escribano en El Puerto de Santa María en el siglo XVI. El estudio nos permite contemplar a la perfección el fenómeno de acceso a las escribanías en dicha villa y, sobre todo, comprender la complejidad de una cuestión en la que convergieron, como bien refleja el autor, múltiples factores, como las competencias jurisdiccionales de los señores, las funciones de los notarios, los intereses particulares de algunos de ellos, etc. Estamos, pues, ante un trabajo que no solo es de gran relevancia e interés para el conocimiento de la realidad del notariado portuense en el Quinientos, sino que se configura como un inmejorable punto de partida para el análisis de otros aspectos concernientes a la diplomática que se reproducen en el resto de territorios peninsulares (como las redes clientelares de los escribanos o la patrimonialización de sus oficios) o bien para cuestiones propias de la esfera portuense como los estudios de prosopografía para esa época.

Adrián Ares Legaspi
Universidad de Sevilla

ALEJANDRO O'REILLY, INSPECTOR GENERAL. PODER MILITAR, FAMILIA Y TERRITORIO EN EL REINADO DE CARLOS III

Óscar Recio Morales

Sílex, 2020, 514 páginas.
ISBN: 978-84-7737-837-2

Hace unos años, en las páginas de esta misma revista, reseñábamos un interesante artículo de Óscar Recio Morales sobre la etapa de formación del teniente general Alejandro O'Reilly como modelo de oficial borbónico. En realidad, aquel trabajo del profesor de la Universidad Complutense de Madrid desbordaba con mucho los

límites de la fase inicial de la trayectoria de O'Reilly para ofrecernos una síntesis precisa y sugerente de su dilatado e intenso recorrido vital. Ahora, Óscar Recio da a la luz una completísima y documentada biografía de este señalado personaje de nuestro siglo XVIII, que reúne un gran número de cualidades y de alicientes para el lector.

En primer lugar, un relato bien construido y escrito, de fácil y agradable lectura, lo que no es poco para los tiempos que corren. Quien se acerque a esta obra no podrá limitarse a un repaso rápido y en oblicuo de sus páginas, pues caerá inmediatamente atrapado por una prosa clara y seductora que le llevará no sólo al itinerario vital del personaje, sino a los intrínquilos de la época que le tocó vivir. Una época que durante largo tiempo fue denostada e ignorada, pero que hoy en día goza de la atención de la historiografía y de la que, por fortuna, conocemos cada vez más.

Como el propio autor del libro reseñado apunta en el prólogo de su obra, a pesar de los avances registrados son necesarias aún más biografías de personajes, tanto de primera como de segunda fila, para desvelar las claves íntimas de nuestra historia política. La contribución que en este sentido realiza Óscar Recio es capital. O'Reilly ocupó un puesto influyente en la época de Carlos III, en la trama de relaciones que determinaron el decurso del reinado y en los desarrollos de la política reformista que auspició. Su figura era, por tanto, merecedora de una biografía como la que ahora se nos presenta.

Una biografía que tiene el acierto de trascender la figura del personaje – tratada con exquisita objetividad y sobria equidistancia- para explicar en cada momento con pormenor y eficacia el contexto en el que se desarrolló su peripecia vital. Esta técnica tiene la virtud de iluminar el cuadro general de la época en que aquella se desarrolló. De la mano de O'Reilly y de su perspicaz biógrafo profundizamos en las estructuras del ejército borbónico y en los intentos para

reformarlo, en los entresijos de la política y las clientelas cortesanas, en las redes relacionales que favorecieron o bloquearon el progreso individual en el seno de una sociedad compleja y recorrida por conflictos y tensiones.

El favor del monarca y algunos de sus más destacados ministros, como Wall o Grimaldi, permitieron el rápido ascenso de O'Reilly. Su procedencia extranjera y su origen social humilde fueron, en cambio, armas de crítica en manos de sus contrarios. El irlandés fue escalando puestos en el escalafón castrense y en la jerarquía nobiliaria. Combatió en Italia, sirvió como observador militar en Centroeuropa, desempeñó relevantes cargos en la administración colonial (Cuba, Puerto Rico, Luisiana), fue uno de los principales protagonistas de la reforma del ejército borbónico, jugó un importante papel en la corte y concentró importantes puestos en la cúpula militar, como teniente general, inspector general de Infantería y gobernador militar de Madrid. La creación de la academia militar de Ávila representó, en este contexto, un preciado proyecto personal dirigido a dispensar una alta cualificación a la oficialidad, al nivel de los mejores ejércitos de Europa, pero le atrajo también a O'Reilly críticas, así como suscitó recelos sobre sus métodos y auténticas intenciones.

El militar irlandés perdió los apoyos de los que había gozado en la facción cortesana aragonesa, encabezada por Aranda, a través de su amistad con Ricla, tras romper con este. También sufrió severas e hirientes críticas tras protagonizar el desastre de Argel de 1775, cuando se le confió la fallida expedición de castigo contra esta ciudad norteafricana, sede de un activo corsarismo. La buena estrella de O'Reilly comenzó entonces a declinar. Malogró quizás la oportunidad de ocupar un ministerio o un virreinato americano, al que aspiraba, y fue alejado de la corte al encomendársele la capitanía general de Andalucía, con sede en El Puerto de Santa María, aunque manteniendo su cargo de inspector general de Infantería.

Es esta etapa gaditana la que, sin duda, mayor interés potencial puede tener para los lectores de esta revista. En El Puerto, primero, y en Cádiz, a donde se trasladó a iniciativa suya la sede de la capitanía general, después, O'Reilly desarrolló una intensa labor ilustrada que se manifestó especialmente a través de un ambicioso programa de obras públicas, el cual contribuyó notablemente a la mejora de las infraestructuras y el urbanismo de ambas ciudades. La desgracia del puente de San Alejandro sobre el río Guadalete, que se hundió el mismo día de su inauguración cobrándose la vida de numerosas personas, fue sin embargo un borrón en una actividad meritoria y un nuevo motivo para la crítica. En El Puerto de Santa María, O'Reilly protagonizó también un nuevo intento de fundación de una escuela militar, tras el cierre de la de Ávila, que sin embargo tuvo una efímera existencia.

La sorpresiva dimisión de todos sus cargos en 1786 marcó el inicio de la etapa final de la vida de O'Reilly. Aún se mantuvo activo en aquel Madrid de los "tres condes" (Floridablanca, Aranda y él mismo, pues consiguió para sí este título de nobleza), escenario de intensas rivalidades políticas y que asistía al final del prolífico reinado de Carlos III. Incluso le fueron encomendadas responsabilidades de mando militar durante la guerra de la Convención, que no pudo cumplir, pues le sorprendió la muerte en 1794 cuando se dirigía hacia la frontera pirenaica.

La continuidad de su descendencia en Cuba, donde su hijo, el segundo conde de O'Reilly, se insertó de pleno en las filas de la sacarocracia esclavista criolla, y una recapitulación final sobre el legado de Alejandro O'Reilly ponen un brillante colofón a una obra historiográfica de muchos quilates y digna de reconocimiento.

Hiperactivo, trabajador incansable y tenaz, imbuido de un estricto y moderno ideario militar, genuino hombre de su época, O'Reilly fue uno de los grandes y hasta ahora menos conocidos personajes de la Ilustración española. El libro de Óscar Recio Morales viene a restituirle el papel histórico que le correspondía y a profundizar en los variados y ricos matices de su extensa biografía.

Juan José Iglesias Rodríguez
Catedrático de Historia Moderna
de la Universidad de Sevilla

**FRAILES MÍNIMOS PROFESOS
A TRAVÉS DEL LIBRO DE
PROFESIONES DEL CONVENTO
DE NUESTRA SEÑORA DE LA
VICTORIA DE MÍNIMOS DE EL
PUERTO DE SANTA MARÍA 1781-
1819”.**

Ana Becerra Fabra

En VV.AA., *Francesco di Paola “Glorioso Atleta di Cristo”. Studi sul Santo Fondatore e sull’ordine dei Minimi nel V Centenario della Canonizzazione (1519-2019)*, Soveria Mannelli, Tubbettino, 2020.

La conmemoración del quinto centenario de la canonización del fundador de la orden de los Mínimos en 1519, San Francisco de Paula, ha sido el motivo que ha propiciado la publicación de un libro por parte de una editorial radicada en Calabria, la misma región de la que procede el santo. El volumen recoge las aportaciones de diversos autores especialistas, tanto en italiano como en español.

La que fue tercera fundación de la orden de los Mínimos en España por antigüedad, destacó también por la monumentalidad e importancia de su edificio monacal,

objeto de investigación y análisis en varios trabajos anteriores, algunos de ellos publicados en *Revista de Historia de El Puerto* a lo largo de los últimos años. En esta ocasión ha sido la biblioteca de la sede de los Mínimos, en Barcelona, la que nos vuelve a sorprender con la riqueza de sus fondos, aportando a la investigación un interesante documento como es el libro de profesiones que recoge las del convento de El Puerto de Santa María. La presencia de los religiosos mínimos está acreditada en la localidad desde 1503, aunque no fue hasta que la fundación recibió el apoyo del duque de Medinaceli cuando se inició la construcción del monumental edificio cuyas reformas y ampliaciones se prolongaron durante todo el periodo moderno. La afectación de la legislación desamortizadora ocasionó el abandono del inmueble y sus usos posteriores, primero como noviciado jesuita y después acogiendo a la tristemente conocida penitenciaría hasta 1981.

Este documento tiene la virtud de orientar el foco hacia la intensa vida religiosa y espiritual que albergó durante una gran parte de su vida religiosa, pues recoge un total de 138 asientos de profesiones que transcurren entre los años 1781 y 1819. Su estudio y análisis lo acomete con solvencia Ana Becerra Fabra, técnico del Archivo Municipal de El Puerto de Santa María y licenciada en historia, cuya formación trasluce en la minuciosa descripción del documento.

El libro manuscrito, es el segundo, pues el que le antecede no se ha conservado. No es exclusivo de El Puerto de Santa María, pues recoge también las profesiones de religiosos de otras localidades de Sevilla, Cádiz y Huelva. Gran parte del interés histórico de este volumen radica en la información que aporta sobre los nombres y procedencia de los novicios, su profesión, nombres de los padres y su lugar de nacimiento, fecha y si ingresaba en la orden como religioso de coro (centrados en la oración) o lego (comprometido también a labores manuales), una distinción habitual en esta época y ya desaparecida.

Los asientos de los nuevos religiosos tenían validez jurídica, por lo que incluían también la fórmula con la que prestaban juramento, habitualmente en español, pero en algunas ocasiones también en latín, la firma de dos testigos y el preceptivo informe del maestro de novicios, quien habría acompañado al aspirante durante todo su periodo formativo y que, en su etapa final, avalaba con su firma que el todavía novicio reunía las condiciones para ser admitido en la orden. Consecuencia lógica de la diversidad cronológica y personal de los asientos, unos son más completos que otros, como asimismo, difiere la claridad y cuidado de la caligrafía.

La fórmula de la profesión –cuyo texto se transcribe– hacía explícita alusión al compromiso de cumplir con los sagrados votos de vivir con arreglo a la pobreza,

guardar castidad y obediencia a los superiores, habituales en todas las órdenes religiosas, y a las que se sumaba, en el caso de los mínimos, un cuarto voto por el que se comprometían a vivir permanentemente con arreglo a la austeridad y dieta reducida de cuaresma. Aspectos como éste, la práctica extrema de la humildad (lema y emblema de la orden) y la prohibición durante el periodo de tiempo inicial de tocar el dinero, constituyen los elementos que configuran el carisma de los Mínimos.

Con un conseguido objetivo muy clarificador, el análisis del contenido del documento se resume en una serie de cuadros sinópticos que ordenan la información desglosando la procedencia de los novicios, por años y por los maestros que mayor número de profesiones consiguieron.

Sin duda un acertado enfoque y metodología científica de análisis e investigación de un nuevo documento inédito que ha venido a arrojar nueva luz sobre la ya rica historia de El Puerto de Santa María.

Francisco-José Rodríguez Marín
Universidad de Málaga